

# LA URGENTE NECESIDAD DE CRECER EN RELACION A LA VIDA DIVINA

Apóstol Marvin Véliz

Previo a desarrollar este tema, quiero explicar por qué estoy usando la frase: “CRECER EN RELACION A LA VIDA DIVINA”. No es lo mismo decir “crecer en la vida divina”, que crecer en relación a la Vida Divina. Crecer en la Vida divina da lugar a interpretar que nuestra genética va a cambiar con ayuda de la Vida divina, lo cual, he predicado y explicado, hasta la saciedad, que es algo que no sucederá mientras estemos en nuestro cuerpo mortal. Ahora bien, sí podemos decir que crecemos en relación a la Vida divina cuando le damos lugar a que crezca, estando acorde con nuestra manera de vivir.

Desde el día que nos convertimos al Señor, es un hecho que la intención divina es que crezcamos en relación a la nueva naturaleza que nos proporcionó el Padre, en Su Hijo, por medio del Espíritu santo. En otras palabras, desde el día de nuestra conversión, todo lo que Dios hace es inducirnos a que crezcamos, a que nos desarrollemos en relación a la vida divina que nos ha dado en Cristo Jesús.

Si usamos la figura de una semilla, pudiéramos decir que la Vida divina es como una semilla que fue sembrada en nosotros con el fin de que crezca; jamás la vida divina es algo ya desarrollado, si no es algo que va a crecer. El Apóstol Pablo dijo: “Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros”. (Gálatas 4:19 [LBLA])

La vida divina, que es Cristo mismo, fue puesta en nosotros (figurativamente) tal como apareció Cristo en Belén. Jesús vino a este mundo siendo un niño, aunque ya estaba completo, necesitó treinta años para alcanzar su madurez, luego por tres años y medio desarrolló su

ministerio para, finalmente, entregarse como cordero, morir, resucitar y ascender. Así mismo sucede en nosotros, la Vida divina que nos es dada por el Espíritu Santo, el cual es Cristo mismo, fue puesta en nosotros como una semilla. La nueva Vida tiene todas las propiedades y virtudes divinas dentro de sí misma, pero empieza como una semilla, no se ve mucho de la naturaleza que un día llegará a ser, pero una vez puesta en nosotros, debe desarrollarse, crecer y dar fruto.

La Vida de Cristo en nosotros crece proporcionalmente a nuestra fe. La fe debe desarrollarse en nosotros y en la medida que crezcamos en ella, la semilla divina que es Cristo se desarrollará, y allí es donde nosotros tendremos que ir creciendo en relación a la vida divina que nos han puesto. Esto es más o menos como pensar en una plantita de café. Primeramente hay que sembrar la semilla en una bolsa con tierra, luego hay que trasplantarla al suelo y allí habrá que cuidarla y tratarla adecuadamente para que se desarrolle. Así nosotros, debemos de ir creciendo en fe y a la vez debemos expandirnos en relación a la vida divina.

Hay algo muy interesante y que me ha estado conmoviendo en estos días: El hecho de que, desde que la Vida Divina hace contacto con nosotros, empieza a provocar según su genética la expansión de sí misma en nuestro interior. De manera, hermanos, que es una necesidad urgente para todo el creyente crecer en la vida divina desde el mismo día en que nos convertimos al Señor.

El objetivo de Dios es que crezcamos. Dios no tiene otra razón en toda Su labor para con nosotros, más que crezcamos en relación a la Vida que Él nos dio. Si el Señor nos prospera económicamente, Él espera que esa prosperidad nos haga crecer en la vida divina; si nos da mayor conocimiento, Él espera que crezcamos en relación a la vida divina, y así, todo lo que Él nos da colabora con el crecimiento y la expansión que necesitamos para armonizar con Su Vida divina.

Es necesario entender esto, hagamos uso de un ejemplo sencillo: Imagine a una persona que le gusta tener plantas en su casa; en cierta ocasión este fulano se le ocurre sembrar un árbol en una maceta y no se percata que el árbol no está diseñado genéticamente para vivir todo el

tiempo en una maceta. Él se olvida que lo que sembró fue un árbol y que por su misma naturaleza, va a crecer, seguramente va a romper la maceta, y buscará echar raíces en el suelo. Ese árbol necesita algo más que una maceta para poder desarrollarse, necesita estar plantado en la tierra, su genética no le permite quedarse en un pequeño recipiente. A nosotros nos ha pasado lo mismo, nos han depositado una semilla que conlleva una especie de vida mucho más grande que nosotros mismos; es necesario que crezcamos en relación a esa Vida.

Nuestro crecimiento no debe ser vertiginoso, si no en relación al desarrollo de la Vida divina. Hay hermanos que en sus primeros días de haber conocido al Señor quieren ser como grandes macetas, cuando la Vida divina en ellos es casi nula. No tenemos que ser más grandes que la Vida de Cristo en nosotros, debemos adecuarnos a la Vida divina en nosotros. Dios jamás adelantará Su crecimiento, somos nosotros los que debemos ir ampliándonos proporcionalmente al incremento de Dios en cada uno de nosotros. Dios no es anormal en nadie, Él crece en su debido tiempo, crece en la medida del conocimiento, crece en la gracia, crece así como Cristo creció: En gracia para con Dios y para con los hombres.

Crecer en relación a la Vida Divina, entonces, es ir de la mano con la genética divina que nos han puesto. Ese crecimiento es el objetivo de Dios, sólo que Él no está afanoso porque Su Vida crezca, Él sabe que la semilla divina que cayó en nosotros, por principio de genética, tarde o temprano empezará a crecer. La semilla que hoy se siembra y mañana se ve crecida, es falsa, es religiosa; la semilla divina aunque no se mire inmediatamente, al entrar en el espíritu del hombre, ya está tendiente a la expansión de manera natural. Por lo demás, una cosa nos hace falta: Crecer en relación a la vida divina.

Veamos dos aspectos en cuanto a esto:

## **1.- El Crecimiento en lo Personal.**

No confundamos lo personal con lo individual; hablar de lo individual es la independencia en la que podemos caer en relación al cuerpo de

Cristo, el cual formamos y al que pertenecemos. Lo personal es que cada uno de los miembros que conforman el Cuerpo de Cristo debe buscar su propio crecimiento, sin dejar a un lado la concordancia y la relación con la Iglesia a la que pertenece.

Lo concerniente al crecimiento personal (valga la redundancia) es algo personal. Nadie puede echarle la culpa a su prójimo por no crecer. A cada uno el Señor nos ha puesto Su semilla; y desde el primer día que nos fue depositada, seguro que Su Vida nos invita inmediatamente a que crezcamos en lo personal para con Dios. Si alguien se convirtió a Cristo y el mentor que lo llevó a los pies del Señor era un carnal, eso no le exime de su responsabilidad de crecer en el Señor. Dios quiere que cada uno en lo personal crezca en la Vida divina.

## **2.- El crecimiento en relación a la Vida divina, en lo corporativo.**

El Señor quiere que crezcamos en dos aspectos, el primero, que ya vimos anteriormente, es crecer en lo personal y lo segundo es el crecimiento en lo corporativo. Si no crecemos en lo personal, no esperemos que lo corporativo crezca. Si no crecemos en lo personal no esperemos reuniones de Iglesia dinámicas, llenas de poder, de bendición y de fortaleza del Señor. Esto sería como pensar en un marido que no da para los gastos de la comida de su casa y exige que le den de comer grandes banquetes; lo normal es que el marido que aporta bastante, comerá banquetes, y el que aporta poco, comerá más sencillamente. Así también nos sucederá en el Señor, las reuniones son el reflejo de cómo estamos cada uno en lo personal, allí se muestra nuestra condición, la dedicación que hemos puesto a crecer en relación a la vida divina. Dice 1 Corintios 4:19 "Pero iré a vosotros pronto, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras de los arrogantes sino su poder". El Apóstol Pablo nos muestra en este verso que en las reuniones es donde se va a reflejar nuestro crecimiento personal.

El crecimiento corporativo es más que indispensable pero sepamos que no se puede crecer en lo corporativo si no hay un crecimiento en lo personal. Ninguna Iglesia crece en lo corporativo si en lo personal sus

miembros no se disponen para crecer en la Vida divina. Tal evolución es lo que el Señor pretende de cada uno de nosotros en lo personal y en lo colectivo. Si pudiéramos hacerle la siguiente pregunta al Señor: “Señor, ¿Qué quieres que hagamos? El Señor seguramente nos respondería: “Crezcan en relación a mi Vida”.

Hermanos, crecer en relación a la Vida divina no es crecer en relación a las capacidades que cada uno tenga. Es un gran problema para Dios cuando intentamos crecer en relación a las virtudes que cada uno tenemos. Esto es un yerro porque si así fuera, el inteligente trataría de aprender de la Biblia y el que sabe que tiene menos inteligencia creería que no le es necesario, ni siquiera leerla. Este punto de vista está totalmente equivocado, ni uno ni otro están haciendo lo que Dios quiere; el inteligente yerra porque cree que su intelecto le servirá para conocer lo que sólo por el espíritu le es dado conocer al hombre, y el menos inteligente yerra porque cree que por su torpeza, por su carencia de estudios académicos, y otras deficiencias no le corresponde conocer y estudiar la Palabra del Señor.

Yo, como apóstol, veo un gran problema que se está dando en las Iglesias, es que no se está produciendo el crecimiento en lo personal y mucho menos el colectivo. Hay una etapa inicial cuando la Iglesia empieza a vivir orgánicamente en la que pareciera que no se necesita que los creyentes se dediquen a crecer en la Vida divina, de algún modo, vemos que la Iglesia funciona, y de hecho así sucede. Yo sé que a ustedes les ha pasado esto y lo sé por el ministerio del Apostolado que me ha dado el Señor, precisamente, para conocer en mi espíritu como andan las iglesias que cubro. Yo percibo que ustedes han tenido la experiencia, como dice un dicho de Guatemala: “Arranques de macho viejo”. Yo entendí muy bien este dicho porque recuerdo que en mi infancia mi abuelo tenía un caballo viejo y cada vez que yo lo iba a visitar, como yo no era diestro para montar a caballo, siempre me daban ese caballo viejo para montarlo. Conforme pasaron los años, ya cuando había aprendido a montar a caballo, me desesperaba que me seguían dando ese caballo viejo, porque todos los demás con quienes yo iba, tenían caballos jóvenes que medio los tocaban con los talones y los caballos salían en carrera; yo le daba toques con mis cortas piernas al caballo viejo y salía en carrera, pero después de unos cuatro pasos se detenía y caminaba lentamente. Al principio mi

inexperiencia estaba acorde a ese caballo, pero cuando ya había aprendido ese caballo me llegó a ser un problema. Esta es la experiencia de muchos de ustedes, se recuerdan que cuando empezaron a tener las reuniones corporativas, eran muy fluidas en cuanto a la Vida del Señor, el tiempo ni se sentía, pero últimamente, ya no se sienten así. ¿Por qué? Porque al inicio, la inexperiencia, la novedad y muchos otros factores de las reuniones suplían la carencia personal en las reuniones, pero ahora, se hace manifiesto que no han crecido en lo personal, y por ende, tampoco en lo colectivo.

La vida de Iglesia se gesta en la madrugadas, en cada uno de los hogares donde los piadosos buscan temprano al Señor, cuando de mañana se presentan ante Dios, lo esperan y se dedican a oír Su voz; los que así lo hacen, están creciendo en la vida divina para luego incorporarse al crecimiento colectivo. Cuando esto no se da en lo personal, definitivamente, se produce un caos, que a la postre el Señor lo juzgará.

Creer en la vida divina no es una opción, crecer en la vida divina es una necesidad y un deber ante el Señor. Muchos de los cristianos “modernos” del siglo veintiuno, o llamémosle los cristianoides, que se “convirtieron” al Señor obligados por sus cónyuges o por sus padres, quieren poner sus propias condiciones en la Iglesia. Estas personas, si no lo dicen, por lo menos dejan ver con sus actitudes que ellos son parte de “X” comunidad cristiana pero nunca estarán de lleno al servicio del Señor. Ellos creen que tienen el derecho de ser cristianos hasta el nivel que ellos quieren. A tales personas se les llama la atención porque no se desarrollan en el Señor y su respuesta es: “Ore por mi hermano, algún día el Señor va hacer la obra”. Hermano querido, así no son las cosas en el Señor. El Evangelio no es un juego del “matateroterola... este oficio no me agrada”. ¡Hermanos, hay que buscar al Señor, hay que crecer!

Si usted tiene esta actitud de no querer crecer, lo que va a suceder es que vamos a provocar un gran caos en nuestra vivir, porque habrá una gran incongruencia entre la semilla divina que nos ha depositada y nuestra propia vida. Pensemos un momento en este ejemplo: Todos los que somos padres recordamos lo lindo que fueron nuestros hijos cuando fueron pequeños, hay padres que desearon que sus hijas se hubieran quedado

eternamente niñas, pero yo les aseguro que si se les cumpliera ese deseo, en veinte años sería algo muy cargoso. Lo mejor que le puede pasar a la niña es que un día se convierta en mujer, honre a sus padres casándose, tal y como es la vida normal de todo ser humano. ¿Acaso no provocaría un gran caos un padre que pudiera detener el crecimiento de uno de sus hijos? Igualmente sucede en lo espiritual, quien no crece en relación a la Vida divina provoca un desorden en su vivir personal, y no sólo eso, si no también causa un desorden en el Cuerpo de Cristo. El miembro que se resiste a crecer daña el propósito y el buen funcionamiento del Cuerpo de Cristo, ya que el Cuerpo se desarrolla a través de todos sus miembros. En un primer plano perdemos nosotros y en un segundo plano, provocamos una pérdida para el Plan de Dios.

Hermanos queridos, la niñez espiritual y la carnalidad no son palabras sinónimas. La niñez espiritual es la etapa de los recién convertidos al Señor; la carnalidad responde a los creyentes que ya tienen muchos años de haber conocido al Señor y no se disponen a crecer espiritualmente. Dios se indignará contra aquellos creyentes a los cuales Él les ha dedicado muchos años, tratándolos para que crezcan, y pasan los años y ellos se mantienen inmutables. Hay hermanos que ya tienen muchos años de estar congregándose en la Iglesia y nunca se les puede confiar nada, no se les puede demandar obediencia, son miembros inútiles, no sirven para nada en el reino de Dios; se vuelven como una mano seca que sólo sirve para que un cuerpo se vea completo, pero no funcionan ni ayudan en nada.

Cuando alguien se convierte en un miembro atrofiado, no sólo pierde él en lo personal, sino que también entorpece el desarrollo de la Iglesia y eso es algo que lo juzga Dios. Imagínese que Dios toma a un hermano "x", y durante veinte años el Espíritu lo trata, le provee todo lo necesario, lo prepara, etc. y pasado ese tiempo, llega el momento oportuno en el que el Señor lo quiere usar; justo en ese momento, es puesto en la balanza divina y sale a la luz que el hermano no creció en relación a la Vida divina que le dieron. ¿Qué cree que hará el Señor? Seguramente Dios se va a indignar por eso. Cómo es posible que Dios cuide tanto a alguien para que al final resulte inútil. Esto es como que alguien siembre un árbol de mango y después de cuidarlo muchos años el árbol nunca produzca ni un sólo mango, cualquier persona cuerda va a derribar el árbol, lo hará leña y lo

quemará en el fuego. Lo mismo hará Dios con aquellos que no crezcan y no den frutos para Él.

Consideremos estas dos cosas que hemos tratado a la luz de la Escritura:

## **1.- El propósito del Señor de que crezcamos en lo personal en relación a la Vida divina.**

1 Corintios 3:6 “Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento. v:7 Así que ni que planta ni el que riega es algo, sino Dios que da el crecimiento. v:8 Ahora bien, el que planta y el que riega son una misma cosa, pero cada uno recibirá su propia recompensa conforme a su propia labor. v:9 Porque nosotros somos colaboradores de Dios, [y] vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”.

Notemos que hay un propósito, una intención y un obrar del Señor a favor de nuestro desarrollo, como traduce la Biblia Textual: “...Dios, que está dando el crecimiento”. Claramente podemos ver que hay un empeño del Señor en que nosotros crezcamos. Sólo Él es el que puede aportar los elementos para el crecimiento, no es Pablo, no es Apolos, no es Marvin Veliz, es Dios. Unos siembran, otros riegan pero es Dios el que da el crecimiento. No crecemos por estudiar la Biblia, no crecemos ni si quiera por orar; es únicamente por la voluntad de Dios, por estar en unión divina, bajo Su poder, sujetos a esa Vida que nos pusieron.

Sigue diciendo 1 Corintios 3:12 “Ahora bien, si sobre el fundamento alguno edifica con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, v:13 la obra de cada uno se hará evidente; porque el día la dará a conocer, pues con fuego [será] revelada; el fuego mismo probará la calidad de la obra de cada uno. v:14 Si permanece la obra de alguno que ha edificado sobre [el fundamento,] recibirá recompensa. v:15 Si la obra de alguno es consumida [por el fuego,] sufrirá pérdida; sin embargo, él será salvo, aunque así como por fuego”.

Estos versos nos muestran que hay una manera de ser aprobados y también una forma de ser reprobados delante del Señor. Todos los



creyentes serán juzgados conforme a lo que cada uno edificó en el Señor. Ahora, preguntémosnos: ¿Qué materiales estamos usando para edificar? Algunos pueden estar edificando con madera, heno y hojarasca y sabemos que estos materiales se queman con el fuego. Pero podemos edificar con oro, plata y piedras preciosas, y también sabemos que estas cosas soportan el fuego y es más, el fuego lejos de quemar estos elementos, los hacen ser más puros.

Hermanos, Dios espera un crecimiento en la Vida divina al final de cada uno de los ciclos por los cuales Él nos conduce. Muchos, tristemente, ni siquiera saben que Dios es un Dios de ciclos; y mucho menos saben a qué altura van del ciclo en el que Dios los tiene actualmente. Aprendamos a contar los días de manera que traigamos al corazón sabiduría. Qué triste va a ser el día que nos muramos, lleguemos al tribunal de Cristo y seamos hallados reprobados. En la Escritura (en Lucas 3:6–9) hay una parábola de un hombre que plantó una viña y que durante tres años esperó que la viña diera fruto y nunca dio, así que decidió cortarla por causa de que estaba inutilizando también la tierra. El viñador le pidió al amo que la dejara un año más, que la iba a cavar alrededor de ella, y luego la iba a abonar. El viñador, obviamente, es figura del Espíritu Santo, Él intercede por nosotros al Padre, esperando que tal vez en el próximo ciclo demos fruto. ¡Hermanos, es tiempo de que temblemos delante del Señor y nos preocupemos de crecer y dar fruto! El crecimiento personal es responsabilidad de cada quien. ¿Con qué estamos edificando? ¿Estamos usando oro, o heno? Dios recompensará a cada uno según sea su obra.

Cada uno de nosotros, en lo personal, somos responsables delante de Dios cómo edificamos. Dice 1 Corintios 3:10 “Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero cada uno tenga cuidado cómo edifica encima”. No podemos excusarnos en los demás, no podemos culpar a nadie más de no crecer, cada uno de nosotros somos responsables de nuestra propia obra de edificación.

Cuando sea el día del juicio, Dios traerá a memoria nuestras obras y los que sean hallados reprobados delante de Dios, sufrirán pérdida, sus obras (en lo personal) serán consumidas por el fuego, aunque se salvarán

pasando por el fuego. Así lo dice 1 Corintios 3:15 “Si la obra de alguno es consumida [por el fuego,] sufrirá pérdida; sin embargo, él será salvo, aunque así como por fuego”.

## **2.- El propósito del Señor de que crezcamos en lo corporativo en relación a la Vida divina.**

Cuando la Escritura nos habla de que somos el templo, Su Cuerpo, la casa de Dios, el edificio de Dios, la morada del Señor, etc. jamás se está refiriendo a un asunto de carácter personal, esto siempre estará dirigido a lo corporativo. Veamos cómo el Apóstol Pablo habla de esta temática en los siguientes versos:

Efesios 2:20 “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo Jesús mismo la [piedra] angular, v:21 en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para [ser] un templo santo en el Señor, v:22 en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

1 Corintios 3:16 “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? v:17 Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y eso es lo que vosotros sois”.

El Señor no sólo quiere morar en nosotros, si no Él anhela morar en la esfera de la Iglesia, es decir, en lo corporativo. Ahora bien, el Templo nos habla de santos siendo edificados juntamente, sin embargo, en algún punto podemos ser hallados destruyendo el templo de Dios. En esto todos tratamos de justificarnos y creer que nuestras faltas no son capaces de destruir la obra de Dios. Si yo fuera un murmurador, concluiría que murmurar no es algo que destruye el edificio de Dios, y en esa misma condición, cada uno vamos a irnos descartando como gente que jamás hace algo que destruye el Templo de Dios. Por esta razón, necesitamos ver en la Escritura qué es en realidad destruir el templo de Dios. Para entender el pensamiento de Pablo leamos lo que dice el siguiente verso:

1 Corintios 1:10 “Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos os pongáis de acuerdo, y que no haya divisiones entre vosotros, sino que estéis enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”.

Nosotros empezamos a destruir el templo de Dios cuando no nos ponemos de acuerdo. También destruimos el templo de Dios cuando entre nosotros hay divisiones. ¿Cómo evitamos esto? Siendo espirituales. ¿Y cómo nos volvemos espirituales? Buscando al Señor en lo personal. Hermanos, para edificar la casa del Señor debemos estar enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer.

1 Corintios 1:11 “Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por [los] de Cloe, que hay contiendas entre vosotros”.

Todo lo que dice el v:10 manifiesta la carencia de espiritualidad de los corintios y la contienda que nos narra el v:11 es la evidencia de su carnalidad. La contienda es el pleito descarado y externo que se da entre nosotros los creyentes; es lo que aparece a causa de la falta de unidad.

En el caso de los hermanos de Corinto, ellos utilizaron a los siervos de Dios como argumentos para contender, sin embargo, leamos un detalle impresionante. Dice 1 Corintios 1:12 “Me refiero a que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolos, yo de Cefas, yo de Cristo”. Los corintios, no sólo se dividieron por causa de los siervos de Dios, sino también por causa de Cristo mismo. Nosotros juzgamos que está mal que alguien diga: “yo soy de Pablo, yo de Cefas y yo de Apolos”, pero no vemos mal que alguien diga: “Yo soy de Cristo”, es más, a este hermano hasta le aplaudimos su “espiritualidad”. El Apóstol Pablo no pensó así, él juzgó de carnales y de contenciosos aún a los hermanos que se consideraban que eran de Cristo.

Los que se consideraban de Pablo, o de Cefas, o de Apolos, obviamente evidenciaron su carnalidad, se estaban dividiendo de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, pero el que dijo: “Yo soy de Cristo”, también evidenció su carnalidad y también estaba despreciando al Cuerpo del Señor. ¿Por qué? Porque el que se considera “ser de Cristo” (en un sentido

carnal), está confesando que a él no le interesan los demás hermanos, si no que a él solo le interesa Cristo, y de esa manera también es hallado en la lista de los que destruyen el Templo de Dios. Hermanos, Dios aborrece a los hermanos que sólo quieren tener a un Cristo individual, porque el Cristo que hoy debemos buscar es corporativo, Cristo es la Iglesia.

Dice también 1 Corintios 3:1 “Así que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. v:2 Os di a beber leche, no alimento sólido, porque todavía no podíais [recibirlo] . En verdad, ni aun ahora podéis, v:3 porque todavía sois carnales. Pues habiendo celos y contiendas entre vosotros, v:4 Porque cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois [simplemente] hombres?”

Luego, leamos el verso donde el Apóstol Pablo concluye el pensamiento:

1 Corintios 3:17 “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y eso es lo que vosotros sois”.

¿Quién es entonces el que destruye el templo de Dios? El que no tiene unidad, el divisionista, el partidista, el que vive pleiteando con su hermano, el que por su carnalidad no vive la vida corporativa, el que tiene celos, en síntesis, el que es carnal y anda como un simple hombre mortal.

Les voy a hacer notar algo, cuando he visto a algún hermano que se está apagando, que poco a poco se está alejando de la comunión del Cuerpo, ¡Ah! Es seguro que estoy viendo a alguien que en su interior se está convirtiendo en mi próximo enemigo. Yo he podido ver que todos los que dejan de crecer en la Vida divina, se vuelven contrarios a nosotros. Hermanos, una vez más les ratifico que hay una urgente necesidad que crezcamos en relación a la Vida divina, de no hacerlo, seremos primeramente un caos para nosotros mismos y segundo, vamos a ser hallados destruyendo el templo de Dios.